



Miti, *Arte los bárbaros* (detalle), 1918, grabado, Colombia. Cubierta del libro homónimo de José María Vargas Vila.



FIGURAS
REVISTA ACADÉMICA
DE INVESTIGACIÓN
ISSN 2683-2917

Vol. 7, núm. 3,
julio - octubre 2026



Esta obra está bajo una licencia
Creative Commons Atribución-
NoComercial-CompartirIgual
4.0 Internacional.

ESCENAS / Ensayos

La permanencia del sistema y la coyuntura actual

The Persistence of the System and the Current Situation



Jordán Rosas-Valdivia

Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa. Perú

rosas@unsa.edu.pe

El análisis de las causas estructurales, tanto externas como internas, que originan y consolidan la problemática económica y social se realiza, en efecto, desde tiempos inmemoriales, sobre todo en foros, textos e investigaciones de diversa índole. Y entonces, la pregunta cae de madura: ¿qué se debe hacer?

El clima de nuestra época, marcado por crisis múltiples e interdependientes —políticas, económicas, sociales, educativas, ecológicas y geopolíticas de dominación y agresión—, se ha profundizado a pesar de nuestros ideales, como nunca en la historia.

En efecto, se han soslayado u ocupan un lugar subalterno nuestros ideales de solidaridad, transparencia y realización humana.

Consecuentemente, el gran desafío de las ciencias sociales —y, por tanto, de sus cultores— consiste en desarrollar derroteros intelectuales transdisciplinarios para la comprensión eidética de la *policrisis* actual. Asimismo, les compete vislumbrar posibles caminos de solución. En este quehacer, también debe participar el hombre común, es decir el perteneciente al pueblo, para que coadyuve a construir alternativas y las lleve a cabo en su vida cotidiana.



Dado el carácter holístico de la realidad social, todo problema que acontece en nuestro ámbito existencial tiene implicaciones directas o indirectas con la denominada policrisis que nos afecta a todos y que, de manera pertinente, resulta más evidente en el quehacer de las ciencias sociales. Por ello, en gran medida, el papel de las ciencias en general, y de las sociales en particular, consiste en reflexionar acerca de sus responsabilidades en los procesos de elucidación vinculados con las necesidades de transformación social.

Hoy en día sabemos que el proceso indagatorio para la obtención del conocimiento adquiere validez y confiabilidad cuando se involucra en investigaciones significativas de la realidad actual. Estas, necesaria e inexorablemente, deben ostentar un carácter multidisciplinario, con preocupación, complementariedad, difusión y socialización; a la vez, se les exige conservar cierta impronta individual. Este proceso de elucidación debe enaltecer y recrear nuestra condición humana, lo cual resulta indispensable para contener la creciente robotización.

La epistemia *per se*, nos permite conocer esencialmente el entorno en el que desenvolvemos nuestra existencia, elevando nuestra percepción sobre los valladares que implica el conocimiento exclusivamente sensorial. Por tanto, la apertura y tenencia de la ciencia, conlleva la posibilidad no sólo de elucidar la problemática real, sino también de aperturar los caminos del libre albedrío para los procesos de investigación. En tal suerte que enfrente a la mecanización que hoy en día el sistema impone, tengamos la posibilidad de encontrar derroteros de una mayor realización humana.

De acuerdo con lo expuesto, es necesario generar una demanda auténtica y manifiesta, tanto a nivel mundial como nacional, que coadyuve al logro de los objetivos propuestos. En este sentido, resulta insoslayable la enseñanza y el fomento del pensamiento crítico en sus distintas modalidades, abarcando todas las etapas del proceso educativo, especialmente en el ámbito universitario.

Desde la perspectiva de la aprehensión de la realidad, resulta perentoria e impostergable la implementación del proceso cognoscitivo y epistemológico que permita enfrentar de manera efectiva los estertores de la crisis y avanzar hacia su superación. Y este proceso, además de sus réditos utilitarios, también conlleva, como hemos indicado, la satisfacción de realizar una actividad plenamente humana. Considerando la diversidad de circunstancias que, por lo general nos apercollan, es indispensable exigir que el conocimiento propositivo se articule en un andamiaje teórico-metodológico capaz de ofrecer una descripción e interpretación adecuadas de nuestra problemática en sus diversos niveles: global, continental, regional, e incluso personal y familiar.



Ciertamente, debemos reconocer —a pesar de algunos brotes de incredulidad— que las ciencias sociales están capacitadas para profundizar, con objetividad, en el análisis de las crisis del sistema mundial y de sus distintos niveles. Es en este punto donde emergen las grandes dificultades y, de consuno, también los grandes desafíos. Se trata, entonces, de demostrar, tanto epistemológica como fácticamente, que nuestras disciplinas han recorrido, sobre todo en las últimas décadas, un derrotero que les permite evidenciar su plena vigencia y coincidencia con los afanes de las poblaciones objeto de estudio.

Asimismo, es necesario exigir no solo un discurso que se limite a decantar posturas ideológicas o utópicas, sino uno que, al demostrar la utilidad de las ciencias sociales desde la perspectiva del pensamiento crítico y propositivo, incida también en la pretensión de modificar las estructuras aún vigentes de dominación. De esta manera, se logra vislumbrar, pese a las dificultades, un mundo más humano y fraterno. Apostar por la esperanza significa, en definitiva, aportar por un mundo cualitativamente superior, cuya realización sea completamente factible.

Es cierto que la concreción de este nuevo mundo demanda la participación política y heroica de la población excluida, de las ciencias sociales y de los sectores más lúcidos de la sociedad. Sin embargo, tenemos que decirlo y aceptarlo: en lo referente a su materialización, no podemos columbrar cuánta agua correrá aún bajo los puentes, pues el sistema, lejos de derrumbarse, parece fortalecerse a partir de la violencia y la agresión, como lo constatamos en nuestros días.

¿Qué hacer frente al ascenso del autoritarismo imperial, que pone en riesgo al mundo y amenaza a los países que no se avienen con su hegemonía con ser invadidos y puestos contra la pared, cuantas veces lo considere conveniente?

Inmanuel Wallerstein, en su obra *Después del liberalismo* (2003) señaló cuatro mitos en el mundo contemporáneo: el mercado libre, los Estados soberanos, los derechos iguales de todos los ciudadanos y la neutralidad valorativa del conocimiento científico.

Refirámonos brevemente a algunos hechos recientes para comprobar, inexcusablemente, cómo se fractura la soberanía de los Estados a partir de los intereses y la prepotencia imperial.

La agresión militar de los Estados Unidos contra Venezuela, ocurrida el 3 de enero del presente año, propició el derrocamiento —a sangre y fuego— del régimen de Nicolás Maduro, así como su captura y posterior confinamiento en territorio estadounidense. Actualmente, la población venezolana se encuentra bajo un tutelaje político y una soberanía condicionada, supervisada directamente por los Estados Unidos.

En concordancia con lo anterior, la presidenta Delcy Rodríguez —designada por Donald Trump— reconoce sin ambages que el modelo impulsado por Hugo Chávez carece de viabilidad en las condiciones actuales, luego de haber estado a su servicio por décadas.

De inmediato, y para vergüenza de los ciudadanos con dos dedos de frente, María Corina Machado —Premio Nobel de la Paz— le entrega su medalla al presidente norteamericano.

Otro ejemplo de los intereses imperiales es la agresión de Israel —apoyado económica, diplomática y militarmente por los Estados Unidos— contra varios países del mundo árabe, especialmente a sus vecinos: Palestina, Siria y, actualmente, también a Irán. La lista es larga e inició en 1948, año de su fundación como Estado, con la primera guerra árabe-israelí. Entre otros conflictos destacan la crisis de Suez (1956), la Guerra de los Seis Días (1967), la Guerra de Yom Kippur (1973), la invasión al Líbano (1982), la actual guerra de la Franja de Gaza y el genocidio perpetrado por el ejército israelí contra la población palestina. Asimismo, debe mencionarse la agresión conjunta de Estados Unidos e Israel contra Irán, donde, además de sus dirigentes y miles de víctimas, fueron ultimadas decenas de niñas en sus centros de estudio.

Otro ejemplo de imperialismo es el caso de Cuba. El bloqueo estadounidense ha tenido entre sus consecuencias el estrangulamiento de las actividades económicas y políticas del régimen y, sobre todo, de aquellas que la población realiza cotidianamente. Un caso particularmente patético se dio, a raíz del derrocamiento de Maduro y de la dominación que Estados Unidos ejerce en Venezuela, al impedir que el petróleo llegara a Cuba. A todo ello hay que recordar que la amenaza estadounidense de invadir la isla, cuando lo consideren conveniente, como la espada de Damocles, está siempre presente.

En este panorama, no podemos dejar de mencionar dos acontecimientos cuyo recuerdo podría servir para refrenar el autoritarismo del imperio.

El 17 de abril de 1961 tuvo lugar la invasión organizada por la administración estadounidense a Playa Girón, en la Bahía de Cochinos. Los combatientes cubanos resistieron y finalmente se impusieron y derrotaron a los invasores, demostrando con su heroicidad un espíritu difícil de doblegar y que, por cierto, hoy en día se debe tener en cuenta. Un año más tarde, en 1962, ocurrió la crisis de los misiles, que puso al mundo al borde de una conflagración nuclear. El acuerdo entre los Estados Unidos y la URSS, para erradicar los misiles, conllevó a su vez, según informó la prensa, a que los Estados Unidos desistieran de propiciar nuevas invasiones.

Es cierto que, hoy en día, el imperialismo se impone mediante la fuerza y las amenazas en todo orden de cosas. Por ello, considerar que estamos en vísperas de su derrumbe no parece del todo convincente.

Junto a la hegemonía económico-militar, el imperialismo ostenta también una preponderancia tecnocientífica que no podemos desconocer y que contribuye, querámoslo o no, directa o indirectamente, a reforzar dicha hegemonía. Por ejemplo, la nave espacial *Orion* de la NASA, con la tripulación de *Artemis II* integrada por cuatro astronautas, orbitó la Luna en marzo del 2026; este hecho ha coadyuvado a consolidar, a nivel planetario, la imagen de Estados Unidos como potencia de dominación y coerción.

¿Qué hacer? Esta es la gran pregunta que debemos formular desde el ámbito de las ciencias sociales, sobre todo en aquellos países que se desenvuelven bajo la férula del imperialismo.

Resulta difícil de esbozar y desarrollar una respuesta concluyente que satisfaga nuestras expectativas, precisamente porque el problema presenta una multiplicidad de ángulos y ropajes. Recordemos que el imperialismo se regenera como la hidra mitológica. Por lo pronto, la realización de foros, congresos y otros eventos nos parece adecuada con el fin de contribuir a la forja de una conciencia crítica y propositiva sobre tamaña empresa.

En este estado de zozobra mundial, la humanidad parece haber perdido o soslayado sus quehaceres habituales en los ámbitos familiar (la unión de facto de los jóvenes en desmedro de la unión conyugal), laboral (la estabilidad en el trabajo y la invisibilidad sindical), político (la creencia en la democracia y en el poder del Estado), turístico (los viajes al extranjero son cada vez más onerosos para los sectores populares), sentimental (las declaraciones de amor se han dejado de lado por las uniones de hecho); el agnosticismo y la incredulidad religiosa han aumentado; y la cortesía en los jóvenes parece cosa del pasado. En alguna medida, el impacto de la policrisis que enfrentamos y sufrimos ha eclipsado de manera recurrente algunas preocupaciones intelectuales que en el pasado ocupaban nuestra atención: la dependencia, la participación democrática y sus beneficios, la alternancia en los poderes del Estado, la soberanía nacional; la confianza en la educación como medio de ascenso y mejoramiento, entre otros.

En nuestros días, los males endémicos se han acrecentado. En efecto, la discriminación étnica, la pobreza, el desempleo y la violencia en todas sus formas —especialmente contra la mujer—, constituyen problemas persistentes. En este escenario, el narcotráfico y su participación en los escenarios nacionales, ocupa un lugar preponderante, sin dejar de lado la manera en que la corrupción nos fagocita en todos nuestros quehaceres.



Y es que la política neoliberal continúa vigente, fortalecida y metamorfoseada en la diversidad de quehaceres, a pesar de nuestras protestas mudas, que se estrellan y esfuminan en las rocas del sistema. Se trata de protestas que se manifiestan en el ámbito callejero, sindical y, por cierto, también en el de la inteligencia más lúcida y humana.

Lo que sucede es que el sistema mundial tiene la capacidad para readecuarse a las nuevas tecnologías, a los movimientos sociales e incluso a los esfuerzos del pensamiento crítico. Asimismo, esta capacidad de metamorfosis compromete al futuro próximo —o quizá lejano—.

Sin embargo, debemos mantener la convicción, como reza la sabiduría popular: “no hay mal que dure mil años” y “todo tiene su final”; o, en palabras de Marx (2012), “todo lo sólido se desvanece en el aire”. Y aunque es cierto que nos encontramos zamaqueados y que pareciera que no tenemos ni cómo ni cuándo salir del túnel o del abismo en el que estamos, debemos recordar que la humanidad jamás se plantea enigmas que no puede resolver.

El sistema pervivirá hasta que las fuerzas productivas impongan un nuevo tipo de relaciones de producción, en el que nuestra especie conquiste y se recree con el pan y la belleza.

Referencias

- Marx, Karl, y Friedrich Engels. 2012. *Manifiesto del partido comunista*. En *Marx*, 577-650. Madrid: Gredos.
- Wallerstein, Immanuel. 2003. *Después del liberalismo*. México: Siglo XXI. ●